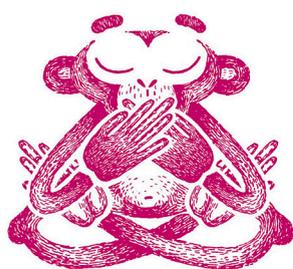


CANCELACIÓN

Una brújula para desafiar la autocensura, sortear la hipocresía del pensamiento políticamente correcto y construir puentes en una sociedad polarizada.

MANUAL CONTRA LA DICTADURA DE LA IDEOLOGÍA, EL PENSAMIENTO BINARIO Y EL ODIO POLÍTICO



ALESSIA PUTIN GHIDINI

SEKOTIA

ALESSIA PUTIN GHIDINI

CANCELACIÓN

*Manual contra la dictadura de la ideología,
el pensamiento binario y el odio político*

SEKOTIA

© ALESSIA PUTIN GHIDINI, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: enero de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román
Maquetación: Miguel Andréu

www.sekotia.com
pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-19979-09-4
Depósito: CO-2108-2023
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO. ALESSIA PUTIN A LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD...	13
PREFACIO. ATRÉVETE A SABER	19
INTRODUCCIÓN. CUANDO LA REALIDAD NO IMPORTA	27
1. EL PENSAMIENTO BINARIO	41
Público vs privado.....	45
Empresa privada vs sectores regulados	49
Del capitalismo moralista al de amiguetes	60
Los suecos ya no son lo que eran o el mantra de los países nórdicos «socialistas».....	67
Desigualdad vs pobreza.....	72
Libertad vs igualdad.....	80
Ricos vs pobres	86
Meritocracia vs mediocracia	99
Monarquía vs república.....	109
Democracia representativa vs democracia directa	117
2. APOCALIPSIS LOW COST: YONKIES DE LA CATÁSTROFE	121
¡Se acaban los recursos!	138
Pirámide de Maslow. ¡Es la economía, estúpido!	141
¿Misión cumplida?	152
3. MARXISMO RECALENTADO	155
Progreso a pesar del progresismo	155
Del comunismo al wokismo, pasando por el populismo	165
La religión <i>woke</i>	172
El nacimiento del populismo de derechas: la Liga Norte	178
Relato político: los nuevos cuentacuentos	182
La izquierda iliberal	185
Identidad y victimismo	195

4. EMOCRACIA	213
La «infoxicación», Fake news y Deepfakes	213
La mentira oficial	224
5. TODOS SOMOS TRANS.....	227
La libertad individual.....	229
<i>Soft power</i> , un poder no tan blando.....	235
El Estado, a raya. La importancia del principio de subsidiariedad en la sociedad	240
¿Y si las despenalizamos? La jurisdicción más íntima	242
6. EL <i>TETRIS</i> INSTITUCIONAL	249
7. SOLUCIONES	259
¡Abajo el Mal! ¡Viva el Capital!	265
8. EL SUICIDIO OCCIDENTAL: ¡PONLE FRENO!.....	271
EPÍLOGO. UNA MIRADA GLOBAL. EL EFECTO BRUSELAS VS LA GRAN MURALLA.....	289
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	295

DEDICATORIA

*A mis abuelos y bisabuelos, que padecieron los horrores
de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial:
porque gracias a ellos vivimos hoy en paz y abundancia.*

AGRADECIMIENTOS

A la Editorial Almuzara-Sekotia por confiar en mi.

A mis maestros, los catedráticos Dña. Remedios Morán Martín y D. José Manuel Pérez-Prendes y Muñoz de Arraco, por guiarme con tanto cariño en la senda de la reflexión, la investigación y la docencia.

A mi mentor, profesor y amigo el Excmo. Sr. embajador D. Javier Rupérez, por su legado de memoria, dignidad y justicia. Y porque este libro ha visto la luz gracias a él.

A Beatriz Rojo Polo y Pepe Perán por confiarme su maravillosa casa en París, donde lo terminé e hice grandes amistades como la del filósofo Jean François Braunstein.

A mi familia, porque sin ellos nada de esto sería posible.

En especial, a mis padres, Nora y Alberto, por darme lo más importante: raíces para crecer y alas para volar.

A Curro Cañete Leyva, por su fe incondicional en mí y su genuina amistad.

A José María Eraña de Castro y Bimba Bosé, con la esperanza de que se logre por fin una cura contra la enfermedad que se los llevó demasiado jóvenes de nuestro lado.

A la Fundación Rafael del Pino por invitarme a participar en el Global Leadership Program de la Universidad de Harvard (USA).

A todos mis alumnos. Este libro va dirigido a ellos.

Que nada ni nadie os quite la fe, la ilusión y la esperanza en un futuro mejor y una vida feliz.

Sed dueños de vuestro destino y atrevedos a saber.

¡NO SOIS VÍCTIMAS! No permitáis que nadie os trate como tales.

PRÓLOGO

ALESSIA PUTIN A LA
BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Fue el gran economista británico John Keneth Galbraith el que, en su bien conocida obra «La sociedad opulenta» —«The affluent Society»— acuñó el término «sabiduría convencional» —«conventional wisdom».

Con ello quería referirse a todas aquellas creencias que en un momento histórico determinado configuran, en ciertos círculos humanos, un paradigma social, político, económico, emocional, científico, o en cualquier otro terreno, que es tenido, y venerado como dogma descriptivo de la realidad y, en consecuencia, obedecido como regla obligatoria y necesaria de conducta. E incluso, en determinados ámbitos, de adoración. Nuestros tiempos, como tantos otros, e incluso quizás mucho más que otros, constituyen un ejemplo acabado del alcance que en nuestras sociedades han logrado esas «sabidurías convencionales». Como siempre en tales casos, y por lo general, construidas sobre la base de intereses particulares, de torcidos análisis científicos o de inclinaciones ideológicas de tipo partidista. Presentadas como verdades eternas de obligada obediencia pueden llegar a constituir lo esencial de los códigos de comportamiento de una sociedad. Y, consiguientemente, convertirse en la razón última del desvarío colectivo y, en instancia final, de su fracaso.

Si de alguna manera hubiera que definir la sustancia del libro que ha escrito Alessia Putin habría que definirlo, y desde luego yo lo haría, como «el manual contra la sabiduría convencional». Utilizando la precisión académica que le es propia, ha puesto en fila los elementos más conocidos y abusados del territorio consabido y les ha dedicado un análisis tan contundente como inmisericorde. Con una declarada finalidad: aclarar las posibilidades reales del mundo que nos toca vivir y proponer las fórmulas para hacerlo de la manera más adecuada a la dignidad de la persona humana. Ella misma lo dice: le guía una voluntad «humanista». Y también lo deja saber: no se trata de una aproximación neutral. Este es un texto militante que responde a la filosofía que en el mundo pluralista consideramos como «liberal». Pero es también un texto informado, estudiado, consultado, trabajado. Es un manual, no un panfleto.

Alessia nos propone una reflexión sobre el mundo que nos rodea y sobre las cosas que, según dicen algunos, deben ser consideradas normas básicas de ilustración y comportamiento. Al hacerlo, y para dar profundidad a la reflexión, describe con claridad a unos y a otros, y argumenta sólidamente las propuestas que deberían ayudar a evitar el convencionalismo y sus peligros. No oculta sus preferencias, pero, liberal como se confiesa, respeta el parecer de los disidentes. Y deja espacio para que el lector, atraído por la lectura y su profundidad, retenga la posibilidad de estar en desacuerdo. De nuevo, este es un manual, no una biblia.

La profesora Putin, en definitiva, nos ofrece un poderoso elemento de meditación y un no menos significativo cauce para la acción. Frente a las corrientes hoy predominantes en diversas partes de nuestra complicada convivencia, dedicadas a dibujar un solo universo de mandamientos, creencias y comportamientos, el texto constituye una urgente llamada a la libertad y a la correspondiente responsabilidad. Y me recuerda las primeras noticias que tuve de la hoy ilustre docente cuando,

como alumna en el Instituto Atlántico de Gobierno, hace ya algunos años, me urgiera a clarificar y ordenar mis enseñanzas sobre el mundo internacional y sus peculiares circunstancias. Compruebo, y con alegría lo anoto, que aquella primera experiencia académica y comunicativa, afortunadamente interrumpida desde entonces, produce hoy magníficos frutos para la iluminación de convicciones y conductas. No puedo por menos de recomendar la lectura de su texto. Y de aconsejar la serena consideración de sus análisis y recomendaciones. Aunque no siempre el lector se pueda sentir de acuerdo con algunas de entre ellas. Faltaría más. Al fin y a la postre se trata de un libro inspirado en la libertad. Y en sus consecuencias.

Y si Alessia me lo permite, y para acabar estas líneas, recurriría a Antonio Machado, allí donde decía «¿Tu verdad? No, la verdad; y ven conmigo a buscarla. La tuya guárdatela».

Javier Rupérez

*El futuro como sede, la Historia como ámbito,
el Derecho como esencia y la polémica como talante.*

José Manuel Prendes y Muñoz de Arraco

PREFACIO¹

ATRÉVETE A SABER

*Los hombres libres tienen ideas,
los sumisos, ideologías.*
Teócrito

Los primeros días de clase en la facultad siempre realizo el mismo ritual. Da igual la cantidad de alumnos que haya en el aula. Les pregunto, uno por uno, por qué eligieron esa carrera y dónde les gustaría trabajar en el futuro. Es sorprendente escuchar sus respuestas: una enorme mayoría prefiere el sector público al privado. Aspiran a ser diplomáticos, altos funcionarios en organizaciones internacionales o no gubernamentales, y pocos, o ninguno, abogan por el ejercicio activo de la profesión jurídica o la empresa privada. Su sueño declarado es el de la nómina pública, el puesto fijo de por vida y la red de seguridad del Estado.

Acto seguido hago la pregunta del millón: ¿Quiénes de vosotros se sienten pesimistas respecto al futuro?

Levanta la mano un aterrador ochenta por ciento de la clase.

1 Este libro se enmarca en el Proyecto de Investigación UNED - PID2021-124531NB-I00, «EL ESTADO DE PARTIDOS: RAICES INTELECTUALES, RUPTURAS Y RESPUESTAS JURIDICAS EN EL MARCO EUROPEO», dentro del marco del Programa Estatal para Impulsar la Investigación Científico-Técnica y su Transferencia, del Plan Estatal de Investigación Científica, Técnica y de Innovación 2021-2023.

Es en ese momento cuando entiendo que me espera, un año más, un arduo semestre. Pero también un curso apasionante y lleno de satisfacciones.

Algunas de estas pequeñas recompensas se materializan a final de curso, cuando vuelvo a formular, el último día de clase, la fatídica pregunta, y solo entre un quince y un veinte por ciento, sigue levantando la mano.

Bajar del ochenta al veinte por ciento de jóvenes pesimistas, es mi primera y particular pequeña victoria, que me llena de un íntimo orgullo y de ganas de seguir enseñando.

La siguiente recompensa suele llegar años después, cuando los alumnos ya tienen que afrontar el trabajo de fin de grado o de fin de máster, y te escriben, tras mucho tiempo sin saber de ellos, para que se lo dirijas, porque algo de aquellas clases, de aquellas reflexiones fuera del guion preestablecido y del discurso dominante, suponen, sí, un poco más de esfuerzo, pero abren la puerta a una forma de pensamiento independiente a la que, una vez descubierta, es difícil renunciar.

Ofrecer herramientas a los alumnos para que no teman su futuro no es pintarles un mundo de color rosa, en el que los problemas no existen y todo se resuelve gracias a la famosa mano invisible de Adam Smith. Es, más bien, enseñarles a usar una serie de métodos y mecanismos, contrastados, que les permitan abstraerse del ensordecedor ruido mediático que nos rodea, y analizar por sí mismos la realidad, soltando amarras respecto de las creencias adquiridas tras repeticiones mántricas en los años de la niñez y de la adolescencia.

Los alumnos, en su gran mayoría, se muestran ávidos de datos y de argumentos para rebatir un pensamiento dominante, el de la corrección política (ese fenómeno por el cual no se puede decir algo ante un grupo, sin recibir una inmediata reprobación pública), y se muestran muy agradecidos cuando se les dan las herramientas para contrarrestar esa verdad, solo aparentemente única.

Es una cuestión de pedagogía que implica romper con las creencias adquiridas, desaprender, desprogramarse en lo relativo a certezas que no lo son, repetidas hasta la saciedad, pero que no por ello se transforman en realidad, aunque sí modelan, y mucho, nuestra percepción, nuestra opinión y nuestra toma de posición, sobre todo, cuando actuamos en grupo.

En la sociedad, en general, y en la universidad en especial, hay muy poco coraje a la hora de defender el pensamiento independiente. Es más fácil instalarse en la corrección política o en las dinámicas de grupo. Desde el punto de vista docente, la universidad española se ha convertido en un cortijo endogámico donde progresar a base, sí, de mucho esfuerzo, pero en la mayoría de los casos con poco valor añadido, debido a una burocracia y a un sistema de reconocimiento de méritos kafkiano. Proyectos de investigación dirigidos a repartir fondos en dietas, organización de seminarios, congresos y cursos, fines a sí mismos, publicaciones que nadie lee, investigaciones de dudosos frutos. A pesar de esto, hay un motivo de mucho peso para estar presente en la universidad: dar la batalla por una forma independiente de expresarse, o como yo prefiero denominarla, la lucha por el fin de la autocensura. Las aulas universitarias son el lugar más difícil para sembrar las semillas del pensamiento independiente, luchar contra los discursos rupturistas o violentos y rebatir los movimientos identitarios y colectivistas, pero es donde es más necesario hacerlo. Por este motivo abandoné, parcialmente, una cómoda vida en la empresa privada y me decidí a dar la batalla en ese lugar dejado a su suerte y a sus dinámicas desde hace ya demasiados años, pero que es la base de una sociedad abierta y sana. Si no se cuida el espacio universitario estamos perdidos. La cultura de la cancelación que se mueve a sus anchas en los campus americanos y británicos es buen ejemplo de ello, y ya ha tenido tristes manifestaciones también en los campus españoles. Sin

duda es una batalla que merece ser librada a pesar de las resistencias, ataques y sinsabores que depara.

Recuerdo, no sin una punzada de dolor, la batalla en la que me vi envuelta por defender mi tesis doctoral y cómo los profesores se oponían a que llevase su título originario, *Hacia el capitalismo humanista: la globalización de los principios de la Unión Europea*, porque, ¡horror!, no podía incluir la palabra maldita, *capitalismo*, en su título. Me decían que eso me perjudicaría. E incluso aquellos que estaban de acuerdo con el contenido (sí, una defensa del sistema que ha logrado que la inmensa mayoría de los seres humanos no muera de hambre como pasaba hace tan solo doscientos años, o que las mujeres se hayan liberado, e introducido al mercado laboral conquistando su independencia, o que los menores de cinco años no mueran en un altísimo porcentaje, o que el analfabetismo sea la excepción y no la norma, entre otras infinitas conquistas) me aconsejaban, con su mejor intención, que no usase el término proscrito, «por mi bien».

No depender de la docencia para vivir ofrece una enorme ventaja: la libertad de decir en todo momento lo que se piensa. Por este motivo considero que es hora de intentar romper el paradigma de la doctrina, del marco mental y del pensamiento único, porque nuestra felicidad y nuestro bienestar dependen de ello. Las limitaciones mentales suelen estar relacionadas con planteamientos ideológicos adquiridos de forma dogmática en la niñez o en la adolescencia, reforzados con el paso de los años por los medios de comunicación (o de manipulación), y por un profesorado entregado a la causa del adoctrinamiento en aras de proteger su nómina mensual. Además, en la universidad se han impuesto unas prácticas que van directamente en contra de la dinámica jerárquica que debe existir entre profesor y alumno. Absurdamente temerosos de las encuestas al profesorado que el alumno emite (¡ahora el alumno también pone nota al profesor!) al final, muchos profesores, ante alumnos cada vez peor

preparados, se evitan problemas con su departamento (que quiere altos índices de aprobados para cumplir la estadística), actuando de manera laxa y mecánica, o permitiendo comportamientos impropios de una universidad como el uso de móviles en clase (hecho que yo prohíbo estrictamente). Obviamente esto revierte en una calidad cada vez más baja de la enseñanza y en una desnaturalización del ágora de debate por excelencia.

La única forma de escapar a esta realidad es el estudio profundo, en especial de la historia, la lectura constante de los más diversos autores y el contraste de las propias creencias con las opuestas, sin miedo al qué dirán y con una firme voluntad de entendimiento y aprendizaje, sin complejos y con ganas.

Sobre todo, hay que permitirse la libertad de cambiar de opinión. Y sentirse bien con hacerlo. Decía Martin Heidegger que la filosofía implica una movilidad libre en el pensamiento, al ser un acto creador que disuelve las ideologías, por eso es tan importante el estudio de esta materia y una aberración intentar eliminarla o diluirla en los programas escolares.

En cambio, si lo único que quieres es reforzar tus creencias y tus dogmas, tener la razón en cualquier debate, saliendo «victorioso» porque has ganado la batalla dialéctica con el adversario, puedes seguir obteniendo información y alimento para tu ego en tus medios y autores afines: serás campeón en el arte de enrocarte en tus ideas, alejarte de los demás y polarizar el debate.

Si, en cambio, quieres buscar una saludable vía hacia la felicidad, opta por el conocimiento, en el sentido de ser capaz de cambiar de idea, de vencer tus propios sesgos, porque solo el aprendizaje nos permite cambiar de opinión, como afirmaba sabiamente el maestro Antonio Escotado.

Y, sobre todo, aprende a disfrutar de ello.

Sapere aude, decía Horacio.

¡Atrévete a saber! ¡Atrévete a ser libre! Atrévete a pensar fuera de lo que los medios de comunicación, los líderes políticos, los *influencers*, de todo tipo, te dicen.

Atrévete a no quedarte en la inercia del grupo, a no confundirte con el rebaño por comodidad, por corrección política, por desidia o por simple cobardía. Pero sobre todo aléjate de los talibanes de la democracia que, hoy en día, en un movimiento revisionista sin precedentes, intentan borrar la historia. O aún peor, juzgarla con los ojos y el pensamiento de nuestra época. La cultura de la cancelación y la autocensura está inundando los campus universitarios y la sociedad, en general. El linchamiento multimediático de personas que expresan una opinión diferente es una amenaza real contra la que hay que plantarse. En Estados Unidos ya existe la *Fire Disinvitation Database*, una base de datos especializada en la que aparecen todos los casos de cancelación o suspensión de una conferencia universitaria porque el ponente ha sido declarado *persona non grata* o censurado, con criterios más que subjetivos, por determinadas autoridades académicas.

Aristóteles defendía la esclavitud. La entendía como necesaria porque en su sociedad arcaica la mano de obra esclava era la industria y la maquinaria de hoy en día. ¿Nos debe llevar este hecho a eliminar al filósofo de nuestra asignatura? ¿Deberíamos obviar, por tanto, en clase, las explicaciones sobre el silogismo y la lógica, base de nuestro razonamiento, ya que su precursor justificaba algo tan aberrante como la esclavitud? La respuesta obviamente es no, porque el establecimiento del rigor lógico con respecto a la observación empírica es la base del pensamiento científico y académico. Pero no solo eso: mediante su aplicación en las estructuras de gobierno a través de la virtud (el uso de la razón para actuar de acuerdo con la naturaleza), Platón, Aristóteles y los estoicos desarrollaron los sistemas éticos que usamos aún hoy en día.

Del mismo modo, la democracia ateniense no era una verdadera democracia. Se estima que durante su época democrática (siglo IV a. C.) en Atenas vivían unas trescientas mil personas. De ellas, aproximadamente sesenta mil apenas se con-

sideraban ciudadanos, es decir, individuos de pleno derecho y posibilitados para el voto. Para participar debías ser hombre, adulto y ateniense de nacimiento. El resto de la sociedad no participaba políticamente: ni las personas que componían las familias de los ciudadanos, ni las mujeres, ni los extranjeros residentes (llamados *metecos*), ni mucho menos los esclavos, que eran el segmento de población más numeroso. Es evidente que, según nuestros criterios contemporáneos, la famosa democracia ateniense dista mucho de lo que nosotros, veinticinco siglos después entendemos como tal.

Juzgar hoy los símbolos del pasado derribando estatuas, ideas y conceptos como los más fanáticos talibanes, acabará empobreciendo nuestro conocimiento porque llegará un momento en el cual no sabremos por qué estamos donde estamos ni quiénes somos. Hay que intentar estudiar la historia, con sus luces y sus sombras, siempre desde un punto de vista neutral y objetivo, aun siendo conscientes de que (como decía mi gran maestro, el historiador José Manuel Pérez-Prendes), toda historia es historiografía. Pero hay que estudiarla toda. La que compartimos y la que no, sin manipularla ni tergiversarla. Porque, a menudo, las historias que menos nos gusta oír son las que más necesitamos escuchar. Podemos estar de acuerdo con muchas de las ideas que nuestros líderes de opinión nos indican, pero es humanamente imposible estar de acuerdo en todo. O si es así, te informo, querido lector, de que lo que tú profesas es una religión, una fe o una superstición, y aquí hemos venido a hablar de razón, de Ilustración, de datos y de hechos. Los dogmas están al fondo, a la derecha. O a la izquierda. Depende de la dictadura de la ideología que te envuelva.

Porque, en definitiva, el dato mata al relato, por mucho que ahora parezca que pasa justo lo contrario.

INTRODUCCIÓN

CUANDO LA REALIDAD NO IMPORTA

*La duda debe seguir a la convicción
como una sombra.*

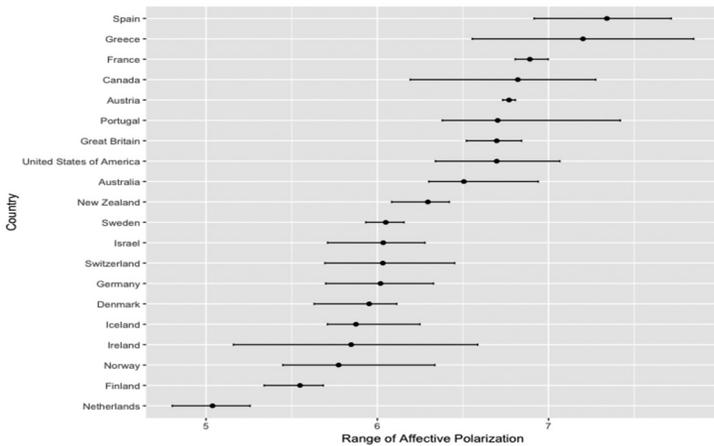
Albert Camus

Este es un libro contra el odio y contra el fanatismo político. Contra ese sentimiento irracional que invade a la gente cuando habla de política. Contra esa férrea toma de posición que hace imposible el acercamiento de posturas. Es un libro contra el dogma y la intolerancia que se convierten en filtro perverso y que, al final, fuerzan siempre a una íntima y profunda dictadura de la ideología.

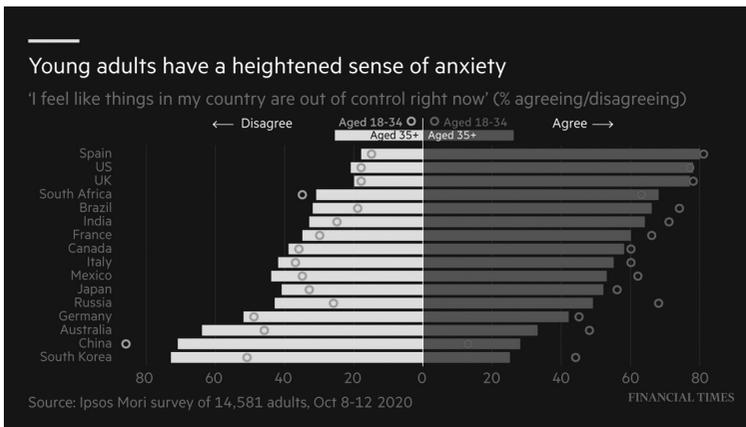
Emcke propone una receta para plantar cara al odio y es combatirlo con la observación atenta, la matización constante y el cuestionamiento de uno mismo. Si se duda, no es posible odiar. La duda, de hecho, es el mejor antídoto y, además, es propia de sabios: porque solo la curiosidad favorece la creatividad y el progreso. Aferrarse a verdades absolutas, aparte de ser tremendamente aburrido y dañino, es de cobardes. La aventura está en descubrir nuevos puntos de vista y tener el valor de cambiar de opinión a través del aprendizaje honesto.

Según un estudio publicado en The New York Times el 17 de junio de 2020, España es ya el país más polarizado de Europa y el veinticinco por ciento de los jóvenes españoles se define afín a los extremos derecho o izquierdo del espectro político.

Figure 1: Affective Polarization Scores by Country



Fuente: Gidron, N., Adams, J., & Horne, W. (2019). How Ideology, Economics and Institutions Shape Affective Polarization in Democratic Politics.



Además, como demuestra la figura 2, el ochenta por ciento de los jóvenes en España siente que las cosas en el país están fuera de control y manifiesta un altísimo grado de ansiedad. En este libro intentaremos explicar también el porqué de este malestar tan extendido, y, en la medida de mis posibilidades, me gustaría ayudar a combatirlo.

El futuro de un país depende de la voluntad de proyecto común que tengan sus ciudadanos. España, inmersa en una crisis territorial muy fuerte debido a los regionalismos periféricos y a una profunda trinchera ideológica alimentada por políticos irresponsables con nulo sentido de Estado, mira contantemente al pasado, ahondando aún más en la fractura gracias a leyes como la de la memoria «histórica» o «democrática», que buscan a través de un discurso político perverso, resarcir hechos pasados, con actuaciones extemporáneas presentes. Y sobre ello construye una lucha ideológica visceral, sin desenlace, que lanza una preocupante imagen de España como proyecto nacional inacabado, al exterior. Lo que la debilita profundamente en sus relaciones internacionales y en su capacidad de atracción de capitales, por la inseguridad jurídica que genera la aceptación de chantajes políticos como los de los secesionistas indultados o las políticas populistas fracasadas tanto a nivel nacional como regional.

Además, la ausencia de reformas estructurales para resolver problemas intergeneracionales como el paro juvenil más alto de Europa junto con unas pensiones ya insostenibles, administraciones duplicadas, una España vaciada y el desplome de la natalidad o la ausencia de una seria reforma educativa, complican más si cabe el panorama.

Y es que cuando miras constantemente por el retrovisor, acabas estrellándote con la realidad.

Este libro se empezó a escribir durante la pandemia del coronavirus o Covid-19. En los varios confinamientos mi pasatiempo habitual fue la comparación de datos entre los países, la

búsqueda de información sobre el tipo de medidas adoptadas por nuestro entorno y sus resultados. El ensañamiento político español, en el peor momento, y sus pésimos resultados en materia sanitaria y económica, me han empujado a ofrecer puntos de vista que nos salven de la confrontación partidista constante y cada vez más exacerbada. El virus ideológico está haciendo estragos en España, casi tantos como el sanitario, polarizando una sociedad que había conseguido pasar de un sistema autoritario, la larga y cruel dictadura franquista, a una democracia plena, de forma modélica, sin usar las armas. Los cambios de régimen en su inmensa mayoría suponen un enfrentamiento civil. España, con una generosísima ley de amnistía (que conmutó las penas incluso de los reos de delitos de sangre, muchos de ellos terroristas) logró gracias a la Ley para la Reforma Política (*de la ley a la ley*), cambiar su sistema institucional de forma ejemplar y admirable.

Pero ese espíritu de concordia parece haberse roto y las tristemente famosas dos Españas vuelven a resurgir con fuerza casi cincuenta años después de la promulgación de la Constitución de 1978, dando alas a una cada vez más acérrima dictadura de la ideología. La mala fe de sus dirigentes a la hora de negar el mensaje claro de las urnas que indica que el 65% de la población vota a los partidos moderados de centro (izquierda y derecha) y que esa gran mayoría desea un gran acuerdo para eliminar la trinchera ideológica, el chantaje al Estado y apostar por la paz social y la prosperidad que la seguridad jurídica de esa amplia mayoría le otorga en la Cortes, para proceder a las reformas urgentes y necesarias, es deleznable.

Observando la realidad de la sociedad y leyendo los mensajes en las redes sociales comprobamos que vivimos en una profunda paradoja. Las redes sociales como herramientas democratizadoras, por un lado, canalizan cívicamente el malestar y el descontento a través de aplicaciones al alcance de todos los que quieren manifestar sus ideas (en la mayoría de los casos de

forma pacífica), pero, por otro lado, a pesar de recoger la polarización y la frustración social, no llegan a ser un fiel espejo de la realidad. Más bien son una deformación de esta, ya que son las personas más politizadas y polarizadas las que las usan para «levantar la voz» a golpe de clic y dar rienda suelta a sus instintos participativos. Mejor tener una red social donde desahogarse que pegarse garrotazos en la plaza pública. Hace no mucho tiempo, el debate se resolvía así. Umberto Eco denunció con sarcasmo y acierto la invasión de los necios, que antes solo hablaban en el bar del pueblo, pero ahora pueden tener una gran repercusión gracias a las redes sociales.

Por lo tanto, en general, podemos afirmar que las redes sociales aportan una vía de escape y libertad de expresión beneficiosa para la sociedad, pero conllevan graves inconvenientes. Los límites los marca la ley en los casos más extremos, los del delito de discurso de odio (¿o es libertad de expresión?), limitados por los códigos éticos, deontológicos o ideológicos que reflejan la responsabilidad social corporativa de cada red social.

Estos límites entre libertad de expresión y discursos de odio son otra paradoja que enciende los más viscerales debates cuyas fronteras deberían estar en la propia conciencia y una madurada ética. No deja de ser contradictorio que quienes más claman contra los llamados discursos de odio, sean los mayores promotores de estos.

Hoy en día la gran mayoría de la gente se define como tolerante. La tolerancia es casi un valor indiscutido e indiscutible. Nadie, en su sano juicio, a no ser que quiera provocar, se define como intolerante.

Pero en el momento en el cual entramos realmente a debatir sobre un tema, se observa, que mucha gente es tolerante solo con quien está de acuerdo, y, por el contrario, revela posiciones y pensamientos muy rígidos respecto a la opinión opuesta. El diálogo, el acercamiento de posturas, el consenso, se enquis-

tan antes de lo previsto. Y esto significa justo lo contrario: no ser tolerante. Porque ser tolerante con los que comparten tu misma opinión, no tiene ningún mérito ni nada que ver con la tolerancia. La tolerancia solo atañe a lo que excede y entra en colisión directa con tus posturas.

El filósofo Karl Popper afirmaba que hay que ser tolerante, excepto con los intolerantes, pero sus palabras han llegado a malinterpretarse hasta tal punto que existen, en la Red, infografías ya virales que ponen en boca del filósofo incluso algo diferente y opuesto a lo que en su día afirmó.

Si se define como intolerante una idea, ya se habrá obtenido el salvoconducto para ser intolerante con esa idea, y poder justificar la propia intolerancia a la misma.

Lo que realmente afirma Popper en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* es que debemos ser absolutamente intolerantes solo con quien utiliza la violencia para defender sus ideas. Es decir, con quien opta por abandonar el espacio de debate y la búsqueda de consenso, mediante el razonamiento y el diálogo, y elige la imposición a través de la violencia. El debate aquí se centra entonces en la definición de violencia.

¿Hablamos solo de violencia física o también verbal? ¿Pero la violencia verbal no debería considerarse libertad de expresión? ¿Puede ser una amenaza libertad de expresión? ¿Y el insulto? El Código Penal tipifica algunos delitos de expresión verbal (amenazas, calumnias, etc.). Pero en la actualidad estamos inmersos en un intento revisionista que busca definir los delitos de odio con criterios ideológicos. Y esto es realmente peligroso, porque nos lleva a la censura en nombre de una ideología. A la creación de un concepto de bien y mal ideológicos, no basados en los valores de las democracias liberales (separación de poderes, derechos humanos y Estado de derecho con ciudadanos libres e iguales).

El filósofo Marcuse fue uno de los precursores de esta enrevesada forma de entender la tolerancia, ya que conside-

raba que los discursos opuestos a su visión del mundo podían ser considerados una forma de violencia y que la libertad de expresión servía a la causa de lo que él consideraba opresión, en especial en lo que se refería a los colectivos minoritarios, la política del victimismo y la corrección política. Y de esos polvos, estos lodos.

Pero ¿qué es exactamente la dictadura de la ideología? Básicamente es la politización del todo, un atasco mental provocado por exceso de ideología, que nos impide pensar libremente. Para avanzar en el razonamiento es necesario ser crítico con afines y ajenos. Hacer prevalecer la cultura, la historia, la información, el saber, sobre el sectarismo, el partidismo y la adscripción ciega.

Es, en otras palabras, un filtro perverso que nos lleva a opinar sobre hechos y realidades siempre a través de un prisma o planteamiento ideológico preexistente que, en nuestros días de redes sociales y diarios digitales empuja, antes de opinar sobre algo, a acudir raudo y veloz a leer qué dicen nuestros gurús al respecto, para tomar postura.

Es, en definitiva, justo lo contrario al pensamiento libre e independiente. Este mecanismo prejuicioso limita nuestra libertad, haciéndonos cómplices y víctimas del sentimiento de «pertenencia» a una u otra opción, a uno u otro bando, obligándonos a caer en un absurdo dualismo, que se traduce en dos formas antagónicas de observar y vivir la realidad, llamado pensamiento binario, donde una opción excluye la otra.

Parafraseando a Daniel Bell se puede afirmar que la ideología podría haber llegado a su fin y quien sigue aferrado a esa dialéctica, lo hace solo para obtener un beneficio o una revancha. Si lo pensamos detenidamente, la ideología es seguir a alguien por lo que dice y no por lo que realmente hace. ¿Cuántos políticos e ideólogos nos ha decepcionado en este sentido?

La sociedad democrática en la que vivimos ha llegado ya a un grado de madurez suficiente para avanzar en el camino de

la integración de los modelos antagónicos y romper el sistema ideológico binario. De la misma manera que durante siglos se hacía inconcebible separar la Iglesia del Estado, en estos momentos parece imposible separar, por ejemplo, la economía de la ideología, pero en realidad, mejorar el sistema para hacerlo más justo, pasa por este tipo de saltos cualitativos en la evolución.

Desde la irrupción de los grandes partidos de masas a partir de los siglos XIX y XX, el ciudadano ha canalizado su acción social a través de la adscripción a consignas e ideales sistematizados a través de la comunicación masiva representada por un líder lejano y desconocido, personalmente, para la gran mayoría. La religión ideológica ha sido nuestra manera de tomar las decisiones de voto y participación en la sociedad civil. Pero ¿y si se buscara otra vía no tan sujeta a la manipulación mediática? ¿Y si en vez de ser feligreses de ideas mesiánicas, tan a menudo alejadas de las acciones del gurú de turno, que siempre acaba cayendo en la incoherencia entre sus propios hechos y mentiras, pudiésemos construir nuestras elecciones sobre resultados y datos objetivos de las políticas públicas aplicadas en nuestras comunidades? El dato puro, como el que nos ofrecen webs como *Ourworldindata.org* o el proyecto *One Dollar Street*, reducirían la propaganda, la manipulación y la distorsión que genera la elección ideológica.

Pero solo la teoría y la observación no sirven para resolver los problemas que afrontan nuestras sociedades occidentales. También se hace necesario ofrecer medidas y soluciones prácticas que nos permitan superar los desafíos a los que nos enfrentamos para prevalecer sobre la amenaza que sistemas autoritarios y en expansión, como el chino, nos plantean.

En primer lugar, no centrarse solo en la redistribución de recursos, sino también en la predistribución ayudaría a fortalecer nuestro sistema educativo y la conciliación laboral de las familias. La alfabetización digital de todas las generaciones,

la enseñanza temprana de idiomas, la escolarización total de cero a tres años, el fomento del empleo de calidad a través de una revalorizada formación profesional, una misma selectividad en todo el territorio nacional, la supresión de las notas de corte en el acceso a la universidad o de la elección forzosa en los años tempranos entre ciencias o letras, serían acciones útiles para potenciar esta redistribución. Otras medidas importantes a implementar serían: eliminar la ideología de las políticas económicas, que es ya más retórica que realidad; liberalizar la creación de empresas, reduciendo burocracias, barreras de entrada e insoportables presiones fiscales y normativas, para potenciar la creatividad y el emprendimiento; digitalizar, modernizar y optimizar las administraciones públicas y, en especial, la de justicia; eliminar organismos superfluos, ideológicos y fines a sí mismos; potenciar la formación técnica de los empleados para que las empresas solventen el grave problema de falta de mano de obra especializada que existe, reduciendo así el paro y el número de licenciados universitarios sin trabajo; desterrar del debate político cuestiones de ingeniería social como la manipulación del lenguaje, la amenaza a la presunción de inocencia o a la igualdad entre hombres y mujeres; invertir, de verdad y no solo desde el marketing, en la transición energética e industrial, lo que supone levantar las trabas administrativas a los nuevos proyectos que la investigación ya ha puesto en marcha, pero que deben escalar desde el laboratorio y la universidad, a la gran industria, para luchar, de verdad, contra el cambio climático, desde un punto de vista racional y sostenible.

Existen cientos de soluciones para frenar el cambio climático. Lo que hace falta es que las administraciones dejen de llenarse la boca con mantras mesiánicos y apuesten efectivamente por ellas a nivel industrial. Se hace necesaria la financiación y liberalización en los permisos para proyectos experimentales. Algunos fallarán, es inevitable, pero la balanza saldrá a favor

con los que triunfen. La respuesta no está en el decrecimiento, en la vuelta a atrás o en el freno preventivo. La solución está en el progreso, en la apuesta arriesgada, en la creatividad innovadora y en la búsqueda del aprovechamiento óptimo de los recursos.

Desde el punto de vista de la rendición de cuentas de nuestros políticos se hace necesaria una vinculación mayor entre lo que estos dicen públicamente en periodo electoral y lo que acaban haciendo una vez tocado poder. Una hemeroteca vinculante con un mecanismo de reprobación eficaz, que los podría llevar a la inhabilitación ante el incumplimiento flagrante de sus promesas, podría ser un paso relevante en el control de nuestra clase dirigente. Y, por supuesto, una efectiva auditoría de la asignación de recursos públicos, transparente junto a una capacitación eficaz del funcionariado encargado de repartir los fondos, no solo basada en la asignación a las grandes empresas, sino directamente a las pymes. Asumir que algunos de los proyectos receptores de fondos no sean exitosos o sean arriesgados, no debe provocar que el funcionario prefiera no asignar para eludir responsabilidades. Porque esto solo produce un bloqueo inaceptable al desarrollo y la productividad de un país. Las administraciones deben asumir este riesgo y apostar por la creatividad de sus empresas: grandes, medianas y pequeñas.

Estas, en resumen, son solo algunas de las posibles soluciones que analizaremos a lo largo del libro.

En el fondo la gran mayoría de ciudadanos con sentido común ya aspira a un sistema humanista, democrático, de libre mercado, que garantice los derechos y las oportunidades de todos los individuos iguales ante la ley, desde un punto de vista ético y justo. Y para lograrlo, la lucha partidista perjudica, más que aporta. Enrocarse en la dialéctica ideológica solo beneficia a los profesionales del resentimiento y del odio visceral sectario adictos a la poltrona.

Cierto es que no podemos dar por descontado el bienestar del que disfrutamos gracias al trabajo de nuestros padres y abuelos, a los que parte de la sociedad culpa tan injustamente de los males actuales, pero rara vez les reconoce las enormes comodidades que nos ofrece esta abundancia heredada. Una abundancia que creció también, y hay que admitirlo, a la sombra de la lucha de intereses, aunque ahora se precise de una nueva manera de hacer política, realmente integradora y no basada en el obsoleto pensamiento binario. Quizás reflexionar sobre el concepto de liberalismo *transatlántico* nos ayude a poner en valor los logros económicos y sociales del tan criticado Occidente. En Europa entendemos como liberal a aquella persona que defiende la economía de libre mercado, un Estado limitado y la protección suprema de las libertades individuales. En Estados Unidos, un liberal es, en cambio, la persona que apoya un sistema de protección pública estatal en sanidad y educación, la defensa del medioambiente y de las minorías. Si combinamos los dos conceptos el resultado es el de *liberal transatlántico*. Una persona consciente de que el libre mercado y el sistema capitalista es el mejor y único, hasta la fecha, para escapar de la miseria y avanzar en nuestro bienestar, en nuestros derechos civiles, pero, al mismo tiempo, cree que el estado de bienestar debe ofrecernos igualdad de oportunidades y un acceso garantizado a una educación y sanidad de calidad.

El objetivo de este libro es el de hablar de las más variadas ramas del conocimiento (de economía, de derecho, de historia, de filosofía, de política, de cultura...) que moldean la realidad en la que nos movemos. No de forma exhaustiva, ni con afán de profundidad (para eso están los textos académicos), pero sí de manera amena, multidisciplinar, conjunta y fundamentada en datos, para intentar aportar un granito de arena a la pacificación del ágora cainita del debate político actual. De alguna manera este libro busca transmitir las ventajas del pensamiento generalista-humanista. Es decir, de la importan-

cia de lograr una visión de conjunto de nuestro entorno, superando la sobrevalorada especialización, que crea individuos demasiado aferrados a sus creencias, e intentar transmitir que las verdades absolutas no existen, que las escalas de grises son mayoría y que los sistemas binarios *out-out* son muy dañinos para nuestro progreso y nuestra convivencia. Ojalá gracias a su lectura haya alguna persona que, como mis alumnos, pierda el miedo a dar su opinión, a expresarse, sin temor, y a defender sus ideas desde la genuina libertad.

VOY A PERDER EL MIEDO

Voy a perder el miedo, el miedo a perder.
Voy a aprender, poco a poco, a ser quien quiero ser.
Voy a tener la razón, a defender mi opinión,
si creo que eso es lo que hay que hacer.
Voy a hacer las cosas bien, tener valor, por fin.
Voy a dudar de todo, de todo lo que sé.

Voy a empezar de cero sin fijar ningún final.
Voy a subir sin parar, voy a volver a caer, puede que
incluso me levante otra vez.
Voy a hacerlo todo mal y no, y no seguir así.

Voy a empezar.
A perder el miedo a perder si tú te vas de aquí.
Si tú te vas voy a empezar a perder el miedo a perder,
si tú te vas de aquí.
Voy a matar el tiempo para no pasar de hoy.
Voy a ganar el cielo, aunque ya no creo en Dios.
Y no soporto la inercia que me hace girar
constantemente alrededor del Sol.
Voy a cuestionar la gravedad, si no, si no me acercaré a ti.
Voy a empezar
a perder el miedo a perder, si no te vas de aquí.

Si no te vas voy a empezar a perder el miedo a perder,
si no te vas de aquí.
Mírame volar, mírame soñar,
mírame tocar el fuego con los dedos.
Mírame volar, mírame soñar, mírame perder el miedo.

Canción *VOY A PERDER EL MIEDO*, del disco *UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO*, (1999)

FANGORIA: OLVIDO GARA (ALASKA) Y NACHO CANUT